**Elogio a Rancière**\*

Este discurso es el efecto de algunos de los debates que se suscitaron en el Círculo de Estudios Jacques Rancière del Programa Lectura Mundi. Pero, también, el efecto de una escritura silenciosa que ha ido pasando de mano en mano, entre los coordinadores del Círculo. Con lo cual ya desde el vamos la autoría está en litigio.

El interés de Jacques Rancière, al que hoy distinguimos otorgándole el doctorado honoris causa de nuestra Universidad, se encuentra en un litigio parecido. Pero enfocado en los órdenes del saber. Rancière interroga y superpone ámbitos tan problemáticos y separados como la pedagogía, la teoría, la vida intelectual, la política, la estética, la práctica histórica, la palabra obrera, sin estar sindicalizado a ninguno de ellos. Y siempre lo hace subvirtiendo los sobreentendidos y categorías tradicionales de cada orden. Mientras que la pedagogía progresista postula la igualdad como fin último, Rancière, anuncia la misma inteligencia para todos como premisa insensata pero útil; donde los filósofos críticos han contribuido a perpetuar las relaciones de sometimiento que denuncian, Rancière, declara la emancipación intelectual; donde la filosofía política se aferra al ideal del consenso democrático, Rancière sostiene el desacuerdo como promotor de la comunidad política; donde la ilustración contemporánea se asegura la separación del arte y la política, Rancière, hace de la estética una política y de la política un asunto estético.

Como un cartógrafo apócrifo, Rancière, va adulterando los mapas establecidos del pensamiento, la percepción y las acciones contemporáneas. Su poética de la indisciplina metodológica, la incertidumbre filosófica y la paradoja sofística producen pequeños desplazamientos en los territorios tan bien custodiados por el poder en la cultura y sus instituciones del saber. En Argentina, cada día son más los anónimos que se suman a la aventura de la autoformación y el pensamiento compartido.

Rancière, ha reinventado el pensamiento político del mundo actual. Ha visto que la política más que nunca empieza por la estética, como trabajo de tejedora en la tela del mundo sensible. *La comunidad política es una comunidad sensible*, dice. La política es así una afectividad que erosiona la política profesional fundamentada en la ocupación de puestos de mando y en el monopolio de la decisión que organiza la comunidad. La política que Rancière piensa es una enunciación colectiva que interviene en la comedia del poder articulando otras maneras de decidir sobre el espacio y los tiempos de la vida en común. La política encuentra y compone otro uso de los cuerpos y así desordena la coreografía de la comunidad jerarquizada. Emanciparse políticamente es producir un cambio en la posición de los cuerpos demostrando nuevas capacidades de coordinación de la vida colectiva. En el teatro de la política el pensamiento compartido de la puesta en escena toma partido por las relaciones espaciales y sus condiciones de posibilidades. A las distancias entre los cuerpos, sus maneras de hacerse visibles y sus modos de decir desde nuevos lugares, la puesta en escena les da un nombre: *proxémica*. La política como *proxémica* o topología sensible en constante, indeterminado y polémico desplazamiento es la invención más candente de Rancière para el pensamiento del mundo contemporáneo. Hay política cuando la inteligencia se comparte y los cuerpos encuentran nuevos lugares desde dónde hablar, hacerse visibles y organizarse en el escenario que comparten.

No es ociosa la confusión conceptual de la política con el teatro que permite el pensamiento de Rancière. El teatro ha nacido en la Grecia antigua como el lugar desde el cual se mira algo que resulta significativo para una colectividad. Esa mirada hace suceder sobre el rectángulo de la escena una diversidad de

lugares distintos a la vida colectiva acostumbrada. El arte de la puesta en escena, que Rancière ha estudiado en varios de sus libros, es una de las prácticas artísticas que renovó la mirada en el teatro, la pintura, la fotografía, el cine, el video y la televisión. La puesta en escena como práctica asumida nace justamente con la lucha de clases, en la Europa de mitad del siglo XIX, cuando se desencadenan las revueltas proletarias. Cada clase, proletarios y burgueses, con miradas encontradas del mundo común van a demandar su propia puesta en escena, su propia narratividad y su propia performance.

La puesta en escena, en el teatro, es como la política una enunciación colectiva que surge del entrecruce de materiales y sujetos diversos – objetos decorativos, música, lienzos pintados, actores, artefactos escenográficos, directores, trajes de cualquier época o a la moda, videastas, bailarines, dramaturgos, reflectores, coreógrafos, pantallas, críticos, pintores, espectadores, textos, performers, sonidos, etc. De esta manera el arte de la puesta en escena, en términos más generales, es el espacio donde se dirime la percepción de un mundo. La puesta en escena es una maquinaria enunciativa ficcional hecha por muchos que consiste en la configuración indeterminada y polémica de palabras, actos e imágenes. Es el dispositivo de goce que permite el despliegue de la tela sensible de un mundo distinto.

Como la política, la puesta en escena, es una batalla semántica por los mundos percibidos. La política como puesta en escena o topología sensible recorta los cuerpos, los hace hacer lo que no hacían, hablar como no

hablaban. Esta práctica tiene dos momentos indisolubles: irrupción y reconfiguración. La política sería ese momento en que un ser tomado por la palabra realiza su propio poema; ese momento en que un cuerpo descubre una capacidad ninguneada o desconocida; el momento en que los “ciudadanos de baja intensidad” se vuelven animales literarios y artistas de su espacio corporal. Se desincorporan de sus motes y organizan sus cuerpos y su decir de otra manera.

Se trata de una potencia sensible heterogénea que excede la potencia de la vida ordenada por el gobierno de los que saben. La política que es un asunto estético, un asunto de sustituir un sensible por otro, un sensible conocido por uno por conocer, es la ligazón de una vida cualquiera con las fuentes de la vida. La política y la estética como energías sensibles de la potencia impersonal de la vida: lo que cualquiera, sea quien sea, puede hacer aparecer en un mundo. La puesta en escena que reorganiza el espacio y los movimientos de los cuerpos en el espacio no es un arte normativo si no un arte de la potencia sensible heterogénea: mezcla lo que no se podía mezclar; hace visible lo invisible, o más visible lo menos visible, poniendo en foco lo que tenía una intensidad menor en los datos sensibles del mundo social, o poniendo fuera de foco lo que satura al mundo consensuado. La puesta en escena de la política rematerializa el mundo, explora las capacidades corporales de los animales literarios, hace de la vida, para decirlo en palabras de un filósofo argentino, León Rozitchner, un “materialismo ensoñado”.

Por esto mismo los momentos políticos se delinean como heterotopías, como “lugares que están fuera de todos los lugares, aunque, sin embargo, resulten efectivamente localizables”. Como posibilidad de hacer aparecer otro mundo en este mundo, dentro de este mismo mundo y contra él, poniendo en escena el juego conflictivo de la heterogeneidad que a la vez “nunca es un principio de exclusión (pues) jamás impide la coexistencia, ni la unión, ni la conexión”, como ha sugerido también ese otro cartógrafo cuyos mapas acompañan las exploraciones de Rancière. Michel Foucault.

Se trata de la interrupción, la impugnación, la denuncia de este mundo, de sus lugares, sus tiempos, sus cuerpos y sus roles y funciones. Se trata también de ese gesto antiplatónico de mezclar lo que debía permanecer puro, de reconfigurar, de deconstruir y desidentificar. Rancière, es el filósofo político de la heterotopía y la mezcla democrática y por eso mismo de la subjetivación política. Asimismo, es el cartógrafo certero de nuestra actualidad, de lo ineludible de ella, del nudo gordiano que une al progresismo mejor intencionado con el conservadorismo más descarnado, al consenso con la oligarquía, a la guerra con la expansión del mercado, a los derechos del hombre con la intervención humanitaria, a Bush con el terrorismo y a ambos con los exponentes más sofisticados del pensamiento posmoderno y poshistórico. Pero no sólo es un cartógrafo minucioso y preciso, un paisajista formidable del mundo que habitamos y en el que actuamos, es sobre todo un lutier, un armero ocupado incesantemente en forjar las herramientas que sirvan para cortar aquel nudo y desatar las potencias creadoras de la verdadera democracia, es decir, de aquella cuya única divisa es la igualdad y la libertad de cualquiera con cualquiera.

No hay para Rancière ni una filosofía ni una política que no impliquen una poética: un ejercicio que consiste en retrabajar las posibilidades del lenguaje, las posibilidades de los signos del mundo, de la mudez y la posibilidad de hablar que tienen todas las cosas del mundo. Porque es en el silencio, en la

“conferencia sobre nada”, que podemos empezar a pensar y hacer las cosas de otro modo. Hay en Rancière un comunismo sensible que se despliega en las pasiones democráticas que él se las imagina como afectos y conceptos de la mezcolanza y la polémica. La puesta en escena comunista de Rancière reúne medios específicos que se vuelven impersonales, reordena los estatus de la palabra, de los sonidos, de los colores, de los volúmenes y de los movimientos. La política es, entonces, lo que discute la tela sensible de un mundo: cómo queremos aparecer en la comunidad y la posibilidad de que cualquiera lo haga, que cualquier se haga visible y signifique algo para otros. Los modos de composición de lo sensible, sobre eso quiere Rancière que discuta la política. Cómo queremos ser vistos, nombrados y en qué cosas queremos usar nuestro tiempo y nuestros cuerpos. Para ello hay que desnaturalizar cualquier identificación que se nos ha endilgado y nos momifica y desde esa desidentificación organizar un nuevo espacio de despliegue subjetivo. Se trata, en primer lugar, de una desidentificación sensible que implica una ruptura con la capacidad y la significación que nos asignaron, y luego, en esa indeterminación, aventurarse en una reconfiguración sensible que implica un modo de ser o aparecer nuevos. Una escena política se constituye por su irrupción y a la vez por su intensidad de invención o reconfiguración. ¿Cómo se interrumpe y se crea un mundo? Esa es la gran pregunta de Rancière y la pregunta contemporánea urgente. Amar las apariencias es amar lo que puede aparecer en un mundo, es decir, en un

escenario historizado. En Rancière como en Spinoza no hay víctimas. Aún en la situación más abyecta está la pregunta de qué somos capaces de hacer y la convicción de que la emancipación es una tarea de todos y de cada uno.

La igualdad de las inteligencias aparece entonces como axioma necesario y como paradoja a conquistar en el seno de los espacios universitarios. Allí dónde se producen diplomas como se dibujan fronteras, entre los autorizantes y lo autorizados, entre los autorizados y los desautorizados, las nuevas cartografías de los saberes se vuelven exigencia de la emancipación. Si la academia olvida que es en un jardín incompleto, un territorio en permanente proceso de finalización por los otros que lo habitan, estará destinada a la quietud, a ilustrar estatuas. Si se convierte en creadora de posibles, hará de la emancipación el sentido de su movimiento, lejos de la autorización y cerca de los encuentros.

\* *Laudatio* colectiva compuesta por Luis Blengino, Silvio Lang, Cristina Lopez y Alexandre Roig, Coordinadores del Círculo de Estudios Jacques Rancière del Programa Lectura Mundi, a los efectos de la entrega del Título Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de San Martín a Jacques Rancière, el lunes 15 de octubre, de 2012.